


100




Cultura de la noche urbana

Nueva Antropología

• José Manuel Valenzuela Arce, La noche y sus metáforas • Daniela Brollo, *Nos empezaban a conocer más*. Un análisis sobre la relación entre los mundos de la noche gay, el transformismo y el arte drag en la ciudad de Córdoba, Argentina (1990-2000) • Olga Lorenia Urbalejo-Castorena, Etnizar la noche: el espacio de la fiesta en Tijuana, Baja California, México • Christian Alonso Fernández Huerta, La gentrificación de la nocturnidad y las juventudes de Mexicali: ¿buscadores de sensaciones, coleccionistas de experiencias? • Mariana Figueroa Castelán, Producir las noches urbanas: experiencias del sentir en el espacio-tiempo de la nocturnidad • Yolanda Macías / Alejandro Mercado-Celis, Circuitos nocturnos y sensibilidades emergentes: el caso del vino natural en la CDMX • Sahib Yussif Escobar Sosa, Raspando banquetas. Notas de campo sobre el trabajo sexual callejero ejercido por varones en Tijuana

UNAM Instituto de Investigaciones Jurídicas · CIESAS · Cultura Secretaría de Cultura · INAH

VOL. XXXVII, NÚMERO 100, ENERO-JUNIO 2024 ISSN 0185-0636

Nueva Antropología 100

Cultura de la noche urbana

NOTAS DE CAMPO

RASPANDO BANQUETAS. NOTAS DE CAMPO SOBRE EL TRABAJO SEXUAL CALLEJERO EJERCIDO POR VARONES EN TIJUANA

Sahib Yussif Escobar Sosa*

El trabajo sexual como categoría referente a una realidad mercantil, está asociada a connotaciones más allá de lo transaccional, que, enunciado con la palabra *prostitución*, ha sido objeto de estigmatización y discriminación.

Las connotaciónes negativas que persiguen el concepto *prostitución*,[1] en tanto categoría estigmatizante, señala lo que sexualmente es denigrante[2] e impregna de prejuicios a la disposición de los sujetos implicados en su ejercicio. Estos prejuicios que devienen de nuestra historia social de la sexualidad, sesgada por el género y que se arraiga en la óptica conservadora de la moral y la política sexual,[3] encuentran en la trata de personas con fines de explotación sexual la sustancia para un argu-

* Profesor en la Universidad Autónoma de Baja California. Correo electrónico: sahib.yussif@gmail.com

El presente texto se desprende de la investigación doctoral "Práctica y aprendizaje del trabajo sexual masculino (TSM) en Tijuana. Seducción y producción en un mercado segmentado online-offline" para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales en el área de los Estudios Regionales (2018-2022) del Colegio de la Frontera Norte.

[1] Martha Lamas (2014), ¿Prostitución, trabajo o trata? Por un debate sin prejuicios, *Debate Feminista*, vol. 50, pp. 160-186.

[2] Jo Doezema (1998), "Forced to Choose: Beyond Voluntary *vs*. Forced Prostitution Dichotomy", en K. Kempadoo y J. Doezema, *Global Sex Workers: Rights, Resistance and Redefinitions*, Nueva York, Routledge.

[3] En Teodora Hurtado (2017), "La producción social del mercado del sexo y de la ocupación de trabajadoras sexuales en España", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 54, núm. 2.

mento académico "científico"[4] en pro de su abolición.

El término *prostitución* proviene de la palabra latina *prostituere*, que significa "exhibir para la venta". El acto de exhibir ("publicar") para vender, mercantilizar, en este caso con el cuerpo, la intimidad, el placer, el tiempo y/o las emociones, está asociado al buscar, observar, comprar. Estos procesos de ofertar y demandar trabajo sexual se desarrollan en contextos desiguales de poder y no pueden ser aislados de las realidades genéricas mediadas por la cultura. Esto se deja ver cotidianamente en la percepción o imagen que socialmente se configura en torno al/la trabajador/a sexual. De ahí que la prostitución no se diferencia en la práctica con el trabajo sexual más que en las connotaciones que adquiere su realidad al enunciarse de una u otra manera.

En ese sentido, se reconoce que la forma de enunciar el trabajo sexual refiere al paradigma desde el cual se posiciona quien lo enuncia y, con ello, las connotaciones que se le atribuye a dicha práctica (prostitución como una forma de denigrar y de explotar, y el trabajo sexual como una forma de respetar y de demanda de garantías; a la vez que de un reconocimiento de la práctica como una actividad productiva-mercantil).[5]

La categoría de trabajo sexual, al ser considerada como una práctica ocupacional mercantilizada, hace referencia tanto a la racionalidad económica de quien la ejerce, como a la subjetividad e intersubjetividad con la cual se entabla la oferta/demanda de las prácticas que definen esta actividad sexual como trabajo. De ahí el carácter objetivo y subjetivo de la categoría trabajo sexual.

El carácter objetivo del trabajo sexual ejercido por varones, que al igual que otros mercados de labores está estructurado en segmentos, se encuentra poco definido e incluso es considerado como una realidad polimórfica.[6] Este mercado de trabajo se estructura a partir de los espacios de ejercicio (callejero y no callejero/online-offline), el género de quien ejerce el trabajo (cisgénero/transgénero), las prácticas demandadas/ofertadas, los tipos de clientes (es-

[4] En la retórica dentro del modelo abolicionista —frente a las corrientes reglamentaristas y las de la regulación (véase a Gabriela Bard y G. Artazo (2017), "La venta de sexo por dinero. Discusiones entre feminismos, activismos y la perspectiva del actor", *Espacio Abierto*, vol. 26, núm. 2, pp. 119-143)— se tiende a generalizar las condiciones de las y los trabajadores sexuales, asumiendo que las personas prostitutas (específicamente las mujeres) son coaccionadas desde su infancia o adolescencia mediante abusos sexuales y violencias, orillándolas al mercado del trabajo sexual. Se asume también que los clientes de la prostitución la demandan a causa de actitudes misóginas y/o degradantes hacia la mujer prostituta (Melissa Farley (2004), "Bad for the Body, Bad for the Heart: Prostitution Harms Women Even if Legalized or Decriminalized", en R. Weitzer (2009), "Sociology of Sex Work", *Annual Review of Sociology*, núm. 35.

[5] Martha Lamas, *op. cit*.

[6] Ronald Weitzer (2009), "Sociology of sex work", *Annual Review of Sociology*, núm. 35.

tratos socioeconómicos) y los riesgos a victimizaciones.[7]

Al tratarse de una práctica estigmatizada, segregada a espacios específicos y considerada como trabajo atípico (sucio, riesgoso, ilícito), el trabajo sexual ejercido por varones implica el desarrollo de significaciones propias a la lógica de la práctica que el trabajador sexual debe aprender. Con ello, cada uno entabla su relación con las personas demandantes[8] y con la posición que tendrá en el mercado de trabajo sexual.

Las estrategias que derivan de este aprendizaje y muchas de las cuales son con base en la experiencia personal y los aprendizajes tácitos del individuo previo a su inserción al mercado de trabajo sexual,[9] constituyen las representaciones subjetivas e intersubjetivas que dan paso a la concreción de esta práctica como ocupación: seducción mediante miradas específicas, reconocimiento de perfiles de personas que los definen como potenciales clientes, palabras o conversaciones envueltas en códigos locales, precios asociados a prácticas sexuales/no sexuales y el merodeo en determinados lugares de la ciudad.

Con el objetivo de comprender parte de las dinámicas del trabajo sexual ejercido por varones en la ciudad de Tijuana, se optó por reconocer la prostitución callejera como un tipo de trabajo sexual entre otros, reconociendo, a su vez que, como en muchos otros fenómenos sociales, está interseccionado con diversas condiciones propias de los espacios y lugares donde se desenvuelve: migración-deportación, uso de drogas lícitas e ilícitas, precariedad sociolaboral, violencias y vulneraciones, entre otros.

Metodológicamente, se emplearon técnicas de orden cualitativo con la intención de rescatar las significaciones que los trabajadores tienen de su práctica ocupacional: etnografía, observación directa y entrevistas semiestructuradas (se aplicaron 18 a diferentes trabajadores sexuales de entre 21 y 39 años en 2021 y 2022 en la ciudad de Tijuana).

EL TRABAJO SEXUAL EJERCIDO POR VARONES Y SUS ESPACIOS DE EJERCICIO EN TIJUANA

El contexto sociocultural de Tijuana está definido por una serie de condiciones que permiten reproducir ciertas

[7] Cheryl Overs y P. Longo (1997), *Haciendo el trabajo sexual seguro*, Córdoba, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba; Ivan Zaro (2008), "La prostitución masculina. Un colectivo oculto y vulnerable", *Revista d'Estudis de la* Violència, núm. 6, julio-diciembre; y Teodora Hurtado, *op. cit*.

[8] Los demandantes de todo trabajo sexual (cisgénero/transgénero) son en su mayoría varones, lo que implica que gran parte de las prácticas sexuales sean homoeróticas (Zaro, *op. cit*.). De ahí que la práctica de esta actividad ocupacional esté asociada a ciertas estigmatizaciones sociales.

[9] Algunas condiciones estructurantes (elementos constitutivos del sujeto para competir en el mercado de trabajo) están definidas por la personalidad del trabajador, así como por las experiencias y significaciones que éstos hacen de las prácticas asociadas a la ocupación.

violencias y determinadas culturas, tanto criminales como victimales. La reproducción de un contexto que promueve la violencia como mecanismo para solucionar conflictos impacta en la ciudadanía y en aquellos sectores que por sus actividades se ven más vulnerados en su devenir.

Los cambios experimentados en la ciudad a causa de las olas de violencia y de las condiciones de precariedad y desorden social, hacen que la demanda del trabajo sexual se mueva, tanto de sus espacios predilectos de demanda, como de los tipos de prácticas y sus precios.

Estas modificaciones que el mercado de trabajo sexual sufre a causa de las condiciones socioculturales donde se desenvuelve, alteran las formas del propio mercado y modifica su magnitud, en tanto su nivel local o global. La localidad o globalidad del mercado referido es el efecto que produce la demanda sobre la práctica del trabajo sexual y de las condiciones que permiten el uso de determinados espacios y la oferta de determinadas praxis.

La espacialidad del trabajo sexual ejercido por varones se segmenta entre aquellos que se encuentran en los centros de la ciudad y los periféricos; así como en los espacios abiertos y espacios cerrados.[10] Los espacios físicos u *offline* abiertos se constituyen por calles o circuitos —andadores—, plazas y/o parques; mientras que los espacios cerrados hacen referencia a locales: bares y discotecas, salas de cine, pisos gestionados por terceros y hoteles, saunas y clubes.

En Tijuana se llevó a cabo la tarea de reconocer los espacios *offline* del trabajo sexual ejercido por varones a partir de los datos recabados en la literatura consultada, lo que condujo a uno de los parques de mayor recurrencia en la ciudad (parque "TG"), no sólo por trabajadores sexuales, sino también por una multiplicidad de personas con motivaciones propias.

Un espacio más reconocido por la literatura fue una plaza en la zona de mayor conflicto en la ciudad, la zona centro. Esta plaza ("SC") es conocida por albergar algunos de los bares *gay* de mayor concurrencia y por ser un lugar de encuentro y de ligue. Ubicada en una intersección entre la zona de tolerancia y el andador que lleva a la garita con San Ysidro, no sólo ofrece bares gays y "gay friendly". También es un lugar para comer en restaurantes de comida mexicana, presenciar y contratar mariachis, adquirir artesanías y curiosidades ("curious") o simplemente usarla de pasaje (y conectar con algunos paraderos de transporte público, la calle segunda o la calle primera y la zona de tolerancia).

Sumado al contexto de inseguridad, violencia y precariedad social, la pandemia del Sars-CoV-2 y el confinamiento requerido develó las condiciones que definen a determinadas dinámicas y prácticas en la ciudad fronteriza. Para

[10] M. Meroño y F. Benjumea (2000), "Estudio intervención sobre hombres trabajadores del sexo en Barcelona", en P. Salmerón (2011), *El perfil psicosocial de los trabajadores masculinos del sexo*, Castellón de la Plana, Universitat Jaume.

estas últimas, las políticas federales de "sana distancia" y "quédate en casa" fungieron como atentados contra su devenir.

Algunos de los efectos que la pandemia por Covid-19 dejó en Tijuana son experimentados no sólo por los trabajadores sexuales callejeros, sino también por personas deportadas/repatriadas, en situación de calle y con complejidades mentales. Específicamente, se menciona que, en gran medida, la degradación de las posibilidades de supervivencia causada por factores relacionales, prácticos y subjetivos se agudizó con el paso de la pandemia. [11]

Esta contingencia sanitaria ha permitido reconocer que algunas prácticas y ocupaciones se vieron más desplazadas espacialmente que otras y que dichos desplazamientos y la capacidad de agenciarse es condición requerida para el desarrollo de la práctica u ocupación en cuestión.

Y aunque la segregación socio-espacial en contextos de pandemia y post-pandemia de estas prácticas/ocupaciones se basó en gran medida en justificaciones sanitarias, es sabido que algunas prácticas/ocupaciones han tenido que lidiar con este tipo de situaciones en el pasado. Tal es el caso del trabajo sexual en general[12] y el trabajo sexual ejercido por varones en particular.

En el caso de Tijuana, el turismo sexual y la vida nocturna son factores que hacen del trabajo sexual ejercido por varones una ocupación con auge en su demanda. Algunos de los espacios predilectos para esta ocupación antes de la contingencia sanitaria por Covid-19, ya no son vigentes en la actualidad, dejando referencia de la intrínseca relación que todo mercado tiene con sus espacios.[13]

Sin embargo, para el caso del trabajo sexual callejero ejercido por varones, los espacios de ejercicio son —en su mayoría— una apropiación de los sujetos, quienes juegan las dinámicas del mercado y no una asignación formal de lugares comerciales. En ese sentido, dicha labor, en tanto práctica estigmatizada, presenta un transcurrir espacial y temporal conforme las restricciones de la cultura y de los convencionalismos sociales enmarcados a un contexto histórico.

Por lo mencionado hasta ahora, reconocemos que tanto las condiciones de violencia e inseguridad, informalidad y precarizacion, junto a la contingencia por la pandemia de

[11] Juan Antonio del Monte Madrigal (2019), "Devenir habitante de calle en una ciudad fronteriza del Norte de México. Deportación, consumo de drogas y violencias", *Civitas. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 19, núm. 1.

[12] Rosalinda Estrada (2002) ("Control sanitario o control social: la reglamentación prostibularia en el porfiriato", *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, núm. 2, México, Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina), reconoce que la regulación del trabajo sexual femenino es una realidad hoy en día gracias a la segregación socioespacial que esta práctica ha registrado con fines profilácticos.

[13] Nora Bringas y Ruth Gaxiola (2015), "Códigos encubiertos. Prostitución de varones y turismo sexual", *Estudios y Perspectivas en Turismo*, vol. 24, núm. 4, pp. 825-847.

Sars-CoV-2, provocaron en el trabajo sexual callejero de Tijuana un desplazamiento espacial y una reasignación horaria de su oferta/demanda.

DEL PARQUE A LA PLAZA

Algunos parques, plazas, andadores específicos y locales/bares/baños de vapor (sin ignorar la vasta variedad de espacios *online*), son lugares típicos donde el trabajo sexual encuentra la posibilidad de concretarse.

En Tijuana, algunos de estos sitios son espacios que vinculan el trabajo sexual ejercido por varones con otras dinámicas, como el ambiente *gay*, las actividades de ocio y recreación, así como actividades comerciales de diferente índole.

En el parque "TG", las dinámicas de prostitución han tomado distintas formas. Previo a la pandemia por Covid-19 se podía observar a varones jóvenes de entre 18 y 37/40 años en una de las esquinas del jardín o dando vueltas por el perímetro, siempre a la expectativa de otros hombres en automóvil o a pie que eran considerados como potenciales clientes.[14]

Estos varones del parque comúnmente se encuentran en situación de adicción a la metanfetamina/fentanilo y diversas sustancias más, a la migración/deportación y/o complejidades mentales y de personalidad. Esto hace que sus prácticas como trabajadores sexuales sean poco "profesionales".[15]

Algunas de las conductas complementarias al trabajo sexual que los varones del parque ejecutan los encasillan en la categoría de prostituto "malandro",[16] el cual, en contraparte al *escort*,[17] se encuentra en un lugar precarizado de dicho mercado.

Durante la cuarentena por contingencia sanitaria a causa del Covid-19, el parque "TG" permanecía solitario la mayor parte del tiempo. Y de vez en cuando podía verse merodear a personas aparentemente indigentes y/o en situación de adicción.

[14] El reconocimiento que el trabajador sexual hace de sus potenciales clientes está asociado a los estereotipos de la masculinidad *gay* y los prototipos de esta masculinidad asociada a la clase y posición socioeconómica. Véase Sahib Escobar (2023), "Práctica y aprendizaje del trabajo sexual masculino en Tijuana: seducción y producción en un mercado segmentado *online-offline*", tesis de doctorado, El Colegio de la Frontera Norte, México.

[15] El carácter profesional en el trabajo sexual está asociado a esa práctica pero de lujo o alto *standing*, y comúnmente se dirige a clientes de altas posiciones socioeconómicas que demandan un cuerpo trabajado y prácticas especificas no necesariamente sexuales (compañía, trato de novios).

[16] Esta categoría es pensada por un trabajador sexual entrevistado como aquel sujeto que en la búsqueda de monetizar una práctica sexual, encuentra la posibilidad de ejercer conductas antisociales que maximicen el beneficio (delitos contra la propiedad principalmente).

[17] Giovane Mendieta hace mención que este tipo de trabajador sexual se encuentra intermediado, ya sea por una agencia o propietario o por medios virtuales y su práctica es profesional. Véase a Giovane Mendieta Izquierdo (2015), *Prostituición viril: un estudio fenomenológico del cuerpo*, Bogotá, Fundación Universitaria del Área Andina.

Este escenario causó que quienes se interesaban en el trabajo sexual ejercido por varones, clientes, trabajadores, investigadores, empezáramos a merodear en distintos lugares e intentar reconocer el desplazamiento espacial que la pandemia provocó de estas dinámicas comúnmente asociadas a la noche.

Esto nos condujo a enfocarnos en la plaza "SC". Este lugar mantiene un ambiente familiar de día y por las noches las dinámicas son constituidas en gran medida por personas asociadas al ambiente *gay*.

> Se puede decir que, en los ambientes gay, la plaza "SC", aunque tiene los bares gays, es más familiar la plaza. Pero ya en la noche la plaza se convierte en la plaza de los mariachis y la plaza de los putos. Y ahí es donde se da más la prostitución masculina.[18]

La plaza "SC" ha sido reconocida por albergar algunos de los bares de ambiente *gay* más concurridos de la zona centro de la ciudad, y durante la contingencia por Covid-19 esta plaza fue uno de los pocos lugares que continuó ofreciendo sus servicios, adecuando uno de sus hoteles como bar. Ahí, los cuartos fueron despojados de sus puertas, camas y mobiliario y en su lugar pusieron mobiliario de bar. Los meseros tenían la obligación de acercarse a cada cuarto para atender la demanda de alcohol y de jóvenes varones *strippers*.

[18] Testimonio de Moisés, trabajador sexual (2022).

En estos contextos, el trabajo sexual ejercido por varones se alojaba en los espacios siempre utilizados, pero doblemente enmascarados: el hotel que por dentro funcionaba como bar y que en su interior como bar, funcionaba como espacio de mercantilización de prácticas sexuales.

MERODEAR EN LAS CALLES

El continuum entre el ambiente *gay* y el trabajo sexual a veces interfiere en la concreción de un "contrato"[19] entre oferentes y demandantes de prácticas sexuales, ya que como mecanismo de manejo del estigma, así como por la falta de profesionalismo, no se establecen los límites entre un encuentro sexual casual y un acuerdo de intercambio mercantil de prácticas erótico-sexuales.

De ahí que el trabajo sexual ejercido por varones limitado a los bares de ambiente *gay* esté asociado a cierto tipo de varones y tipos de clientes específicos. El trabajador sexual que desarrolla su práctica ocupacional mediada por terceros (protectores más que explotadores) como el bar, el hotel, los saunas (lugares asociados al ocio y oferta de servicios sexuales), corresponde al estrato intermedio entre

[19] Víctor Ramírez (2017) hace mención a que todo acuerdo referente a una relación erótica-sexual en el trabajo sexual se anticipa mediante un "buen contrato", definiendo las prácticas y sus límites, así como sus implicaciones mercantiles. Véase Víctor Ramírez (2017), "Hola. ¿Cogemos? Economía del deseo y capital erótico en sitios de encuentro en internet", *Interdisciplina*, vol. 5, núm. 11.

el trabajador *escort* o de alto *standing* y el trabajador callejero (relacionado con la categoría de "malandro").[20]

El trabajador sexual callejero es aquel que desarrolla su práctica ocupacional en los lugares abiertos y su oferta se dirige al sector social popular. Esto lo posiciona en el nivel más bajo en la jerarquía de los tipos de trabajadores sexuales.[21]

Cabe mencionar que los trabajadores sexuales callejeros representan las condiciones de mayor vulnerabilidad:

> Provienen de sectores deprimidos, está presente la dependencia a drogas, es común encontrar personas con estatus migratorio desfavorable, algunas de ellas son coaccionadas por redes de trata de personas y tienen poca o nula posibilidad de movilidad, tanto en el mercado del sexo como en otros mercados de trabajo precarios.[22]

Los lugares abiertos son los predilectos para este tipo de trabajador sexual, que por sus condiciones socio-económicas (estructurantes) se inclinan al merodeo en las calles aledañas a los lugares de ambiente *gay* y/o dirigidos al turismo nocturno.

El merodeo calle por calle en la búsqueda de trabajadores sexuales o potenciales clientes implica el desarrollo de estrategias mediadas por interacciones basadas en estigmas y estereotipos que permiten dar por sentado la intencionalidad de ambas partes.

Este proceso de seducción es, en sí mismo, parte de la labor y anticipa la posibilidad de un acuerdo mercantil, poniendo en intercambio el tiempo del trabajador sexual, su disposición a determinadas prácticas sexuales y no sexuales, el consumo de determinadas sustancias y la posibilidad de victimizaciones.

Las estrategias de captación, tanto de clientes como de trabajadores sexuales calle por calle, dan cuenta del sistema simbólico que ambas partes deben aprender y negociar en la interacción para concretar el encuentro/acuerdo. Esas mismas estrategias constituyen una vía para lograr investigar este segmento del mercado de esta actividad.

CAMINAR HASTA RASPAR LA BANQUETA

"Raspar banquetas" es casi una condición del trabajo sexual callejero ejercido por varones en la ciudad de Tijuana.

> Muchos cabrones hacen o ponen su anuncio en el periódico; muchos se paran en una esquina y empiezan a dar vueltas en una esquina hasta que enfadan y raspan la banqueta de tanto dar vuelta; te digo porque yo lo he hecho.[23]

[20] Teodora Hurtado, *op. cit*.

[21] *Idem*.

[22] Dolores Juliano (2004), "El peso de la discriminación: debates teóricos y fundamentaciones", en Raquel Osborne (coord.), Trabajador@s del sexo: derechos, tráfico y migraciones en el siglo XXI. Barcelona, Bellaterra, pp. 47-48. En Teodora Hurtado, *op. cit*.

[23] Testimonio de Juan Carlos, trabajador sexual (2022)

La disposición al merodeo calle por calle trae consigo implicaciones que deben ser manejadas estratégicamente para lograr el cometido: cuando no hay numerosa afluencia de personas, el merodeo se vuelve una repetición constante de personas locales, de lugares específicos y de estímulos sensoriales mediados por las actividades y dinámicas vinculadas a dichos lugares, lo cual provoca desgaste físico y frustración.

Sin embargo, cuando la afluencia de personas es alta, el merodeo calle por calle permite discriminar entre aquellas posibilidades que no se orienten a la maximización de beneficios (algunos estereotipos, tanto de posibles clientes como de trabajadores, son más demandados que otros).

Se trata de una actividad que depende de condiciones exógenas al trabajador sexual y que resultan en barreras para el desarrollo del intercambio erótico o, contrariamente, en su potencialización: cuando la inseguridad pública limita la afluencia de personas, el trabajo sexual se limita, mientras que la promoción del turismo lo potencializa.

EL CAMPO DEL TRABAJO SEXUAL CALLEJERO EJERCIDO POR VARONES EN TIJUANA

Al reconocer que las referencias espaciales del trabajo sexual callejero ejercido por varones en Tijuana cambiaron por la contingencia sanitaria de Covid-19, el *ir y venir* fue también la condicionante de nuestra investigación.

La permanente atención significativa que como partícipes de las dinámicas del trabajo sexual ejercido por varones tuvimos que adoptar, junto con la disposición física y mental de merodear calle por calle, nos vinculó a experiencias propias de esta práctica ocupacional.

El cansancio y la frustración. La baja afluencia de personas en la calle a causa de factores climáticos, ambientales (inseguridad) o de cualquier índole, propiciaba que nuestra inmersión al campo se convirtiera en un excesivo esfuerzo físico y mental. Lo que a su vez permitió el reconocimiento de personas que por motivos ajenos al intercambio erótico también se encuentran en situación de merodeo (deportación, adicciones, indigencia, enfermedad mental).

La insistente búsqueda de trabajadores sexuales en los andadores que conectan al parque "TG" con la plaza "SC" y el poco éxito, frustró algunos de nuestros objetivos de investigación. Lo sucedido nos permite reflexionar sobre la inherente frustración que implica la práctica callejera del trabajo sexual ejercido por varones, así como las habilidades que deben desarrollar para manejar la frustración y el estrés.

De lo anterior se desprenden reflexiones no agotadas sobre la relación entre uso de anfetamina/fentanilo y trabajo sexual (¿se complementan o se condicionan?) y la relación entre migración/deportación y trabajo sexual. Que más que ser un reflejo absoluto de la precarización de los mercados de trabajo típico, plantea una serie

de interrogantes sobre las condiciones estructurantes de este tipo de trabajador, la participación doble moralista del Estado y su gobierno,[24] y la representación social de la ciudad como espacio de consumo de aquello que es socialmente estigmatizado.

La seducción y el acecho. En el proceso del merodeo calle por calle nos dimos cuenta que algunos de los potenciales trabajadores sexuales mantienen aspectos y estereotipos que se confunden con el "malandro" y el "drogadicto". Lo cual implicó que, en ocasiones, la interacción en el proceso pasó de una seducción a un tipo de acechamiento incómodo e inseguro.

Este tipo de acecho se hacía presente en policías municipales también, que a causa de nuestro *ir y venir* ("raspar banquetas") conocían o intuían los motivos que nos mantenían merodeando.

Victimizaciones. El trabajo sexual callejero trae consigo inherente el riesgo a victimizaciones y violencias. En nuestra experiencia, el asalto al cliente es una situación recurrente.[25]

Estigmatización social. La estigmatización del trabajo sexual ejercido por varones no sólo recae en quien practica esta labor, sino también en el cliente. Y dado que nuestra actitud investigativa se inclinaba a la función de cliente, como estrategia de captación de sujetos de estudio, la comunidad espectadora o deambulante manifestó ciertas conductas y actitudes que pudimos significar de señalativas y estigmatizantes.

Dicha estigmatización está asociada a la percepción social de las prácticas homoeróticas y al rechazo que se hace de aquellos sujetos que estereotípicamente encajan en categorías de "drogadictos" y "malandros".

A MANERA DE CIERRE

Los debates y discursos académicos sobre el trabajo sexual continuamente tienden a reflexionar este fenómeno a partir de dicotomías morales y sanitarias, y entre que si es un empleo o es coacción. Y aunque ninguna labor es realmente libre, en esta investigación abogamos por observar el trabajo sexual como una actividad mercantil. Sin ignorar que, en el amplio espectro del fenómeno, se dan nocividades y coacciones propias de las organizaciones criminales.

Sin embargo, también consideramos que es necesario reflexionar

[24] Con relación al trabajo sexual, el Estado plantea la explotación carnal de una persona sobre otra como delito, el lenocinio. Sin embargo, las dinámicas de este campo laboral femenino en la ciudad, están demarcadas a partir de dicha intermediación/explotación y son reguladas profilácticamente. En cuanto a la migración/deportación, el Estado no ofrece la posibilidad de legitimidad ciudadana (con credenciales de identidad accesibles para deportados) ni un programa de inserción social. Sin embargo, expía a quienes deambulan bajo la justificación de deportarlos.

[25] En una ocasión fuimos despojados de nuestras propiedades por quien, en un inicio, se presentaba como trabajador sexual.

sobre la categoría del trabajo sexual ejercido por varones en Tijuana y de cuándo la práctica va más allá de una labor. Esta reflexión nos ayudará para reconocer que, en la práctica de esta actividad ejercida por varones, se intercepta una serie de dimensiones que configuran la experiencia y su lógica. Dichas intersecciones dan cuenta de contextos biográficos y sociales, en los cuales, al interactuar, se encuentran simbióticamente, generando permisibilidad y motivación para el desarrollo de esta ocupación.

Por otro lado, la situación migratoria de deportación acarrea ciertos efectos de vulneración para el sujeto en vías de expulsión. En Tijuana es común ver a personas que deambulan por algunas zonas de la ciudad, espacios de segregación y espacios de tránsito común, donde quienes originalmente fueron deportados, ahora constituyen la población indigente y en adicción.

Cabe mencionar que las deportaciones pueden conducir a un estado de precariedad social y económica en la localidad, lo cual, a su vez, determina las condiciones de un sujeto que encuentra en el trabajo sexual callejero una opción viable para remunerarse. Sobre todo, cuando se reconoce que, como hombre, se puede entrar y salir de este mercado erótico y disponer de su cuerpo para tener, o no, relaciones sexuales con varones.

La precariedad social, como efecto de la deportación o como motivo para la migración —entre distintos factores asociados—, es una de las condiciones más presentes en las justificaciones de incursión en el mercado de trabajo sexual. Tanto la literatura revisada como los testimonios de los varones entrevistados señalan que esta ocupación es una opción atípica ante la precarización del mercado de trabajo típico.

Por lo antes mencionado, es de capital importancia reconocer que la investigación social en contextos de riesgo implica revisar los parámetros éticos en las metodologías de investigación, y replantear las técnicas existentes y/o generar nuevas formas de investigación adecuadas a las dinámicas de fenómenos atípicos.

A su vez, debemos reconocer que la regulación del trabajo sexual ejercido por varones tendría que ser pensada como estrategia formal para poder incidir en los efectos que esta ocupación tiene más allá del orden mercantil.

Sin embargo, cabría preguntarse si la emulación de la regulación del trabajo sexual ejercido por mujeres cisgénero es viable para las demás ocupaciones sexuales. Y en ese sentido, se debería re-conceptualizar dicha práctica y las implicaciones que esto acarrea a la hora de hablar de masculinidad y trabajo.